

# EL SALMANTINO

## EXTRAORDINARIO AL NÚM. 87

Franqueo concertado

### CARTA ENCICLICA

A nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y demás Prelados Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica

#### PIO X PAPA

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN

En medio de las contrarias vicisitudes de los tiempos y las recientes calamidades domésticas que llenan de amargura Nuestra alma, Nos consuela y conforta esa unánime manifestación de piedad de todo el pueblo cristiano, que aun sigue siendo espectáculo al mundo y á los ángeles y á los hombres (1); excitada tal vez ocasionalmente por el estímulo de las presentes desventuras, pero que en el último término se deriva, como de causa única, de la caridad de Jesucristo Señor Nuestro. Pues como la caridad digna de este nombre no florece ni puede florecer en el mundo si no por Cristo, sólo á Cristo debemos atribuir todos los frutos que de ella dimanar, aun entre aquellos hombres relajados en la fe ó enemigos de la religión, en quienes si queda algún vestigio de caridad verdadera, es efecto de aquella civilización que Cristo vino á traer al mundo, y que aún no pudieron sus enemigos arrancar y lanzar de la sociedad cristiana.

De este tan noble celo con que á porfia las almas cristianas procuran consuelos al Padre y auxilio á los hermanos en las comunes y en las privadas tristezas, conmovido nuestro corazón, apenas hallamos palabras con que expresar nuestra gratitud. Y aunque más de una vez la hemos manifestado á cada uno en particular, no queremos represar por más tiempo el deseo de daros gracias públicamente á vosotros primero, Venerables Hermanos, y por vosotros á todos los fieles confiados á vuestra vigilancia.

Queremos protestar también públicamente á nuestros hijos carísimos nuestra profunda gratitud por tantas y tan espléndidas demostraciones de amor y reverencia como nos dieron de todas las regiones del mundo católico, con ocasión de nuestro jubileo sacerdotal. Este tributo de afecto, gratísimo á nuestro corazón, no tanto nos ha regocijado por Nosotros mismos, cuanto por la causa de la Religión y de la Iglesia; porque fué testimonio de fe impávida y pública significación del honor debido á Cristo y á la Iglesia en la persona de aquel á quien puso el Señor para gobernar su familia. Pero aun otros semejantes frutos nos han consolado sobremedida. Así las fiestas con que tantas diócesis de la América del Norte han conmemorado en religiosas solemnidades el primer centenario de su fundación, bendiciendo al Señor que tantas almas ha traído á la luz de la verdad en el seno de la Iglesia católica; así la restauración del culto á la Santísima Eucaristía en el suelo de la nobilísima Inglaterra, de que fué testimonio aquel grandioso homenaje de millares y millares de fieles, con asistencia de muchos Venerables Hermanos nuestros y de nuestro Legado; así los consuelos con que enjuaga su llanto la Iglesia perseguida en Francia, mirando los espléndidos del Augusto Sacramento, especialmente en Lourdes, cuyo quincuagésimo aniversario hemos visto con gozo de nuestra alma conmemorada solemnemente. Por estos y otros hechos semejantes persuádanse los enemigos del nombre católico á que el esplendor de las ceremonias y el culto á la Augusta Madre de Dios, aun los mismos honores tributados al Sumo Pontífice, ordenanse, finalmente, á la gloria de Dios; á que Cristo sea todo y en to-

dos (2); á la salud eterna de los hombres mismos, por el triunfo del Reino de Dios en la tierra.

Este triunfo de Dios sobre los individuos y sobre la sociedad entera, no es otra cosa sino la reversión de los hombres á Dios por Cristo y á Cristo por la Iglesia, que Nos anunciamos como programa de nuestro Pontificado, al dirigiros por vez primera la palabra en Nuestras Letras Apostólicas: *E supremi Apostolatus Cathedra* (3), y que después declaramos repetidas veces: retorno que esperamos confiados, y á prepararlo encaminamos Nuestros propósitos y deseos, como á puerto de descanso aun en medio de las tempestades de la vida presente.

Y no por otro motivo Nos son gratos los homenajes rendidos á la Iglesia en Nuestra humilde persona, sino porque con la ayuda de Dios son indicios de ese retorno de las naciones á Cristo y de más intensa y pública adhesión á Pedro y á su Iglesia.

La cual necesaria adhesión de caridad con la Sede Apostólica, aunque no en todas las épocas ni en todas partes, manifestóse en el mismo grado ni con la misma intensidad, pero por designio especial de la Providencia divina, fué siempre tanto mayor, cuanto, como ahora, más adversos corrieron los tiempos, ya contra la sana doctrina, ya contra la disciplina sagrada, ya contra la libertad de la Iglesia. Y de esta unión dieron ejemplos en el furor de las persecuciones contra la grey de Cristo, ó cuando se desbordaban los vicios en el mundo, varones santos, cuya virtud y sabiduría opuso Dios oportunamente á estos males. Uno de entre tales varones santos queremos recordar ahora, de cuyo glorioso tránsito celébrase este año el octavo centenario: San Anselmo de Aosta, doctor de la Iglesia, defensor de la verdad católica y propugnador acérrimo de los derechos sagrados, ya como monje y abad en Francia, ya como arzobispo de Cantorbery y Primado en Inglaterra. Ni juzgamos importuno, después de las fiestas jubilaires celebradas con insólito esplendor en honra de los santos doctores de la Iglesia, Gregorio Magno y Juan Crisóstomo, lumínar el uno de la Iglesia occidental, el otro de la Iglesia oriental, contemplar este otro astro, que, aunque de aquellos *differe in claridad* (4), émulo sin embargo de sus grandezas irradia una luz de doctrina y ejemplos no menos eficaz. Y aun en cierto modo podría decirse más eficaz, ya que Anselmo tiene más relación y contacto con nosotros por las circunstancias de tiempo, lugar, índole, estudios, y lo que más lo asemeja y apropia á nuestra edad, el género de lucha, la forma de la acción pastoral por él practicada, el método de instrucción por él aplicada y confirmada por sus discípulos, y especialmente en sus obras, todas ellas escritas *en defensa de la religión cristiana, en provecho de las almas y según la norma de todos los teólogos que enseñaron sagradas letras, conforme al método escolástico* (5). Que, así como en la obscuridad de la noche, mientras unas estrellas trasmontan y se ocultan, otras aparecen en el horizonte para alumbrar al mundo, así para ilustrar á la Iglesia suceden á los Padres hijos, entre los cuales brilla como clarísimo astro San Anselmo.

Y en verdad que en medio de las ti-

nieblas de vicios y errores, que llenan la noche de su tiempo, Anselmo resplandece sobre sus contemporáneos con fulgores extraordinarios de doctrina y santidad. Fué *príncipe de la fe y decoro de la Iglesia... gloria del Episcopado, y hombre que había superado á los más egregios varones de su tiempo* (6).—*Sabio y bueno y eloquente, de ingenio claro*, (7); y de tal fama que con razón escribióse de él: *que nadie en el mundo osaría decir: Anselmo es inferior á mí, ni semejante* (8); distinguido por esto de reyes, príncipes, Sumos Pontífices; ni solo amado de sus hermanos y en el pueblo fiel, sino *hasta de sus propios enemigos* (9). Todavía siendo Abad, envióle cartas de estimación y benevolencia el magno y fortísimo Pontífice Gregorio VII que *á sí mismo y á la Iglesia católica encomendaba en sus oraciones* (10). Escribióle Urbano II reconociendo en él *la prerrogativa de la virtud y de la ciencia* (11). En muchas y afectuosísimas cartas, Pascual II le alabó *la reverencia de su devoción, la fortaleza de su fe y la constancia de su piadoso celo*, y movido de tanta *virtud y saber* (12), accediendo á las súplicas de sus hermanos, no vaciló en llamarle el más sabio y el más piadoso de todos los Obispos de Inglaterra.

Y, sin embargo, así mismo se tenía por hombre despreciable, por un oscuro hombrecillo de escasisima ciencia y pecador. Pero tanta modestia y humildad en sentir de sí mismo, no impedía y menoscababa la alteza de sus pensamientos y la grandeza de su corazón, bien al contrario de como suelen juzgar los hombres de costumbres y opiniones depravadas, de quienes dice la Escritura que *el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios* (13). Y, lo que es más admirable, la grandeza de su ánimo y su invicta constancia, probada en tantas persecuciones, contradicciones, destierros, tan unida estaba en él con la dulzura y la amabilidad que desarmaba la ira de sus mismos enemigos y conciliaba con su benevolencia los ánimos exacerbados. Así aquellos mismos á quienes *era molesta la causa que él defendía* le alababan *porque era bueno* (14).

Armonizábanse en él con admirable concierto unas prendas que el mundo equivocadamente estima irreconciliables y necesariamente incompatibles: la sencillez y la grandeza, la humildad y la magnanimidad, la fortaleza y la suavidad, la piedad y la ciencia, de tal manera que como en su noviciado, así en todo el curso de su vida, *fué considerado por todos de modo singular como áchado de santidad y doctrina* (15).

Ni este doble mérito de Anselmo se contiene dentro de los muros de su celda ó de su cátedra, sino que, como de tienda militar, sale de allí á la luz del día y á campo abierto. Nacido en tiempos difíciles, como hemos dicho, hubo de sostener encarnizada lucha por la causa de la justicia y la verdad. Siendo de su natural inclinado á la contemplación y al estudio, debía abis-

marse en las más graves y varias ocupaciones, y recibida la potestad sagrada de gobernar en la Iglesia, lanzóse en lo más recio del torbellino de su agitada época. De ánimo dulce y suavísimo, debía, por amor á la sana doctrina y á la santidad de la Iglesia, renunciar á la paz, á la amistad con los poderosos, al favor de los grandes; romper los gratos vínculos de afecto mutuo de que gozaba entre sus hermanos en la vida religiosa y en el episcopado; vivir en perpétua contradicción, cercado de todo género de angustias. Así encontrándose á Inglaterra llena de gravísimos odios y peligros, tenía que resistir enérgicamente contra el rey y los príncipes usurpadores y tiranos de la Iglesia y del pueblo; contra ministros débiles ó indignos del sagrado ministerio; contra la ignorancia y los vicios de los grandes y de la plebe, siempre acérrimo vindicador de la fe y de la moral, de la disciplina y de la libertad; de la santidad, por consiguiente, y de la doctrina de la Iglesia de Dios; dignísimo, por tanto, de estotro encomio del ya citado Pascual: *Demos gracias á Dios porque en ti persevera siempre la autoridad del Obispo; y puesto entre bárbaros, no cesas de predicar la verdad, ni por la violencia de los tiranos, ni por el favor de los poderosos, ni por la amenaza del fuego, ni por las armas*. Y en otro lugar: *Nos alegramos—dice—porque, con la gracia de Dios, ni las amenazas te intimidan ni las promesas te seducen* (16).

Por todo lo cual, Venerables Hermanos, es muy justo que, en el octavo centenario, Nos nos alegremos, como nuestro predecesor Pascual, y haciéndonos eco de su voz, hagamos á Dios gracias. Pero al mismo tiempo Nos es grato estimularos á poner la mirada en este lumínar de santidad y doctrina, que, nacido en Italia, brilló en Francia por espacio de más de treinta años, y por más de quince en Inglaterra, y finalmente, en toda la Iglesia como fortaleza y ornamento.

Que si grande fué Anselmo *en la obra y en la palabra*, es decir, en la vida y en la palestra del saber, en la contemplación y en la acción, en la paz y en la lucha procuró espléndidos triunfos á la Iglesia y ventajas grandes á la sociedad civil, todo ha de atribuirse á su íntima adhesión á Cristo y á la Iglesia en todo el curso de su vida y de su magisterio.

Contemplando estos méritos, Venerables Hermanos, en la conmemoración solemne de tan insigne doctor, sacaremos ejemplos ilustres que admirar y que imitar. Así de esta contemplación resultará en nosotros principalmente poderosa fuerza y gran consuelo en el afanoso cuidado del gobierno de la Iglesia y de la salud de las almas para no desmayar en nuestro deber de cooperar con todo celo á la restauración de todas las cosas en Cristo, para que sea *formado Cristo* (17) en todas las almas, especialmente en aquellas que son la esperanza del sacerdocio; para sustentar constantemente la doctrina de la Iglesia; para defender, en fin, valientemente la libertad de la esposa de Cristo, la santidad de sus divinos derechos, la plenitud de todo aquello que requiere la defensa del sacro Pontificado.

Ni se os oculta, Venerables Hermanos, lo que tantas veces habéis llorado con Nos, cuán tristes son los tiempos en que vivimos, y cuán inicua la

condición del estado de cosas en que nos encontramos. La herida de que brota el dolor inmenso que los públicos infortunios nos causan, el sentimiento recrudescido con las infamantes calumnias lanzadas contra el Clero, presentándolo como si se hubiera mostrado indolente al socorro de las calamidades; interponiendo obstáculos para que la benéfica acción de la Iglesia no llegase á los hijos desolados, y menospreciando su solicitud y providencia maternal. Otras muchas cosas tristes pasamos en silencio, ó maquinadas en daño de la Iglesia con solapada astucia ó con impío furor consumadas contra todo derecho público contra toda ley de equidad y de honestidad natural. Lo cual es gravísimo exceso de maldad cuando acontece en pueblos que más luz de civilización recibieron de la Iglesia. Porque ¿hay nada tan inhumano como el proceder de algunos de estos hijos, á quienes la Iglesia dió vida y amantó y crió como á primogénitos, su nervio y su flor, que vuelven furiosos las armas contra el seno de la Madre que los amó tanto?

Ni puede consolarnos mucho el estado de otras regiones: el mismo furor, la misma guerra, aunque en diversas formas, ó franca y declarada ó amenazadora y latente en tenebrosas maquinaciones. Se quiere, en suma, como suprema aspiración, en las naciones que más deben á la civilización cristiana, expoliar á la Iglesia de todos sus derechos; tratarla como si no fuera por naturaleza y por derecho sociedad perfecta, tal y como fué constituida por el mismo Cristo, Reparador de nuestra naturaleza; se quiere destruir su reino, que aunque principal y directamente mira al espíritu, no por eso ayuda menos á la salvación eterna de las almas que á la seguridad de la prosperidad civil; se quiere con todo empeño que en lugar del reino de Dios domine desenfrenada, su color de libertad, la licencia. Y mientras logran establecer por el dominio de los vicios y las pasiones la peor de todas las esclavitudes y empujan á los pueblos por una rápida pendiente á su última ruina—porque el *pecado hace miseros á los pueblos* (18) no cesan de gritar: *No queremos que este reine sobre nosotros* (19).

De aquí la expulsión, en países católicos, de las Ordenes religiosas que en todo tiempo fueron en la Iglesia defensa y ornamento, promotores principales de las obras más benéficas de la ciencia y de la civilización en las naciones bárbaras y en las cultas; de aquí la postración y las angustias de los institutos de beneficencia cristiana; de aquí que menospreciados y tenidos en ludibrio los clérigos, ó se les resiste para contrarrestar sus fuerzas, ó se les cierra del todo el camino del magisterio público ó se les llena de obstáculos, ó se les niega toda intervención en la educación de la juventud; de aquí las trabas que se ponen á toda obra católica de utilidad pública; seglares ilustres que francamente profesan la fe católica, son escarnecidos con procaces injurias, se les niega todo honor y consideración pública, se les mira como de clase inferior, abyectísima, hasta que llegue el día, con leyes inicuas y adyectos procedimientos ya preparados, de tratarlas como enemigos del Estado y de arrojárselas aun de las últimas clases sociales. Entre

(2) A los Colos., III, 11.  
(3) Enciclica del día 4 de Octubre de 1903.  
(4) I á los Cor., XV, 41.  
(5) Breviar. Rom., día 21 Abril.

(6) Epicedion in obitum Anselmi.  
(7) En su epitafio.  
(8) Epicedion in obitum Anselmi.  
(9) Ibid.  
(10) Breviar. Rom., día 21 de Abril.  
(11) Epist. S. Anselmi, lib. II, ep. 32.  
(12) Epist. S. Anselmi, lib. III, eps. 74 y 42.  
(13) I á los Cor., II, 14.  
(14) Epicedion in obitum Anselmi.  
(15) Breviar. Rom., día 21 de Abril.

(16) Epist. S. Anselmi, lib. III, eps. 44 y 74.  
(17) A los Galat., IV, 19.

(18) Prov., XIV, 34.  
(19) San Lucas, XIX, 14.





confirmados en la fe, no procuremos entender lo que creemos (75). Habla de aquella inteligencia á que se refiere el Concilio Vaticano (68); porque en otro lugar dice así: *Aunque después de los Apóstoles, muchos Santos Padres y Doctores nuestros digan tantas y tan grandes cosas de la razón de nuestra fe, todavía no pudierondecir todo lo que dijera si más viviesen; porque por una parte la razón de la verdad es tan ancha y tan profunda, que no pueden agotarla los mortales; y por otra el Señor no cesa de derramar los dones de su gracia en su Iglesia, con la cual ha prometido estar hasta la consumación de los siglos. Y omitiendo otros pasajes en que la Sagrada Escritura invita á investigar la razón, en aquel en que dice: si no creéis no entenderéis, claramente se refiere á la inteligencia, enseñándonos cómo debemos perfeccionarla (76).*

Ni hemos de omitir la última razón que añade: *Entre la fe y la visión hay un medio: la inteligencia, que podemos tener en esta vida; y cuanto más la perfeccionamos tanto más nos acercamos á la visión que anhelamos todos (77).* Con tan sólidos principios—y otros que no apuntamos—echó Anselmo los cimientos de la filosofía y de la teología, método de estudios que otros varones sapientísimos, príncipes de la Escolástica, y entre todos el gran doctor de Aquino enriquecieron, ilustraron y perfeccionaron con grande honor y utilidad

de la Iglesia. En este mérito de Anselmo hemos querido insistir, Venerables Hermanos, porque nos ofrece una nueva ocasión de recomendaros que procuréis llevar á la juventud, singularmente la del Clero, á las salubérrimas fuentes de la sabiduría cristiana, abiertas por el doctor de Aosta y enriquecidas después ubérrimamente por el doctor de Aquino. A este propósito no deben olvidarse las instrucciones dadas por Nuestro Predecesor León XIII (78), de feliz memoria, y por Nos mismo en diversas ocasiones, especialmente en la Encíclica del 8 de Septiembre de 1907, *Pascendi dominici gregis*.

Harto claramente vemos confirmados por una triste experiencia el daño y la ruina ocasionados por la negligencia ó falta de método en estos estudios, cuando sin la capacidad y preparación conveniente, muchos, aun del clero mismo, se lanzan á discutir las más altas cuestiones de la fe (79). Deplorando estos males con Anselmo, hacemos nuestras sus palabras para repetir sus graves recomendaciones sobre este punto: *Que nadie se arroje temerariamente en la obscuridad de las cuestiones divinas, sin haber de antemano adquirido con la firmeza en la fe, la gravedad de costumbres y de juicio, no sea que discurrendo con incauta ligereza por los múltiples sentidos del sofisma, caiga en el lazo del algún sutil error (80).*

Y si á esta incauta ligereza se junta, como suele acontecer, el

fuego de las pasiones, se acabaron los estudios serios y la integridad de la doctrina. Porque infatuados de aquella *sobervia insipiente* que en los *heréticos dialécticos* de su época lamentaba San Anselmo desprecian las sagradas autoridades, la divina Escritura, los Padres, los Doctores de que otro no puede ser el juicio de la razón serena sino éste: *No esperemos en nuestros tiempos, ni en los futuros, otros semejantes á ellos en la contemplación de la verdad (81).* Ni hacen más caso de la autoridad de la Iglesia y del Sumo Pontífice, cuando tratan de atraerlos á mejor senda, solícitos en dar palabras en vez de actos y prontos en fingir sumisión, para ganar con este engaño prestigio y favor. De esa manera apenas se ve esperanza de que sigan los sanos consejos, pues niegan la obediencia á Aquel á quien la *Providencia divina, como á señor y Padre de la Iglesia universal que peregrina por la tierra, ha confiado la custodia de la vida y de la fe cristiana y el régimen de su Iglesia; y por eso, si algo en la Iglesia se suscita contra la fe católica, á ningún otro se recurre más justamente que á él, para que lo corrija con su autoridad; á ningún otro se somete con más seguridad lo que se responde contra el error, para que su prudencia lo examine (82).* Plegue á Dios que estos míseros extraviados cuyos labios no dejan las palabras *sinceridad, conciencia, experiencia religiosa, fe sen-*

*tida, vista, oigan las enseñanzas de Anselmo, imiten sus gloriosos ejemplos y, sobre todo, graben en su espíritu estas palabras: Primero ha de purificarse el corazón con la fe... primero han de iluminarse los ojos con la observancia de los preceptos del Señor... primero debemos hacernos niños por la obediencia humilde á los oráculos de Dios, para aprender sabiduría... Y no sólo para remontarse á la inteligencia de las verdades más altas está impedida la mente falta de fe y de obediencia á los mandatos de Dios, sino que alguna vez aun el entendimiento adquirido se oscurece y la misma fe se debilita si se desprecia la buena conciencia (83).*

Y pues hombres turbulentos continúan obstinados en esparcir semillas de errores y discordias, en malversar el patrimonio de la doctrina sagrada, en corromper la disciplina, en hacer ludibrio de las costumbres venerandas, y es un género de herejía querer destruirlas (84), en arruinar, finalmente, la propia constitución divina de la Iglesia; ya véis, Venerables Hermanos, cuán celosamente hemos de vigilar para que tan mortífera peste no se cebe en la grey cristiana, y especialmente en la juventud. Esta gracia imploramos á Dios con plegaria incesante, interponiendo el valiosísimo patrocinio de la Augusta Madre de Dios, y la intercesión de los bienaventurados ciudadanos de la Iglesia triunfante, principalmente de Anselmo, refulgente luminar de la sabiduría

cristiana, guarda incorruptible y defensor valiente de todos los derechos sagrados. A quien Nos es grato invocar con aquellas palabras que aún viviendo en la tierra le escribía Nuestro Santísimo Predecesor Gregorio VII: *Porque el suave olor de tus buenas obras ha llegado hasta nosotros, damos á Dios rendidas gracias y te abrazamos de corazón en el amor de Cristo, teniendo por cierto que con tus buenos ejemplos la Iglesia de Dios prospera, y con las oraciones tuyas y las de otros á ti semejantes, podrá, mediante la misericordia de Cristo, salvar los peligros que la amenazan... Por esto queremos que tú y los tuyos no ceséis de rogar á Dios asiduamente para que libre á su Iglesia y á Nos que, aunque indigno la presidimos, de las incesantes opresiones de los herejes y que, arrepentidos de su error, los traiga al camino de la verdad (85).*

Fortalecidos con tal protección y confiados en vuestro celo, á vosotros todos, Venerables Hermanos, al Clero, y al pueblo encomendado á cada uno de vosotros, como prenda de la gracia del cielo y testimonio de nuestra especial benevolencia, amantísimamente en el Señor, os damos la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, en la fiesta de San Anselmo, día 21 de Abril de 1909, sexto de Nuestro Pontificado.

(85) Epíst. S. Anselmi, lib. II, ep. 31.

(75) De fide Trinitatis, Prefatio.  
(76) Constit. «Dei filius», cap. 4.  
(77) Cur Deus homo, lib. I, cap. 2.

(78) Enc. «Aeterni Patris», 4 de Agosto de 1879.  
(79) De fide Trinitatis, cap. 2.  
(80) Ibid.

(81) De fide Trinitatis, Prefatio.  
(82) S. Ansel. «De nuptiis consanguineorum», cap. 1.

(83) Ibid.  
(84) De fide Trinitatis, cap. 2.

Imprenta Católica Salmanticense  
Arroyo del Carmen, 15.